

Aportación de Jose Mari Satrustegi a la Antropología histórica, cultural y simbólica

ROLDÁN JIMENO ARANGUREN

Tras los anteriores intervinientes, me corresponde abordar un tema que no se puede disociar de todo lo anteriormente dicho: la Antropología histórica, cultural y simbólica, parcelas donde Jose Mari Satrustegi aplicó toda su erudición aprendida desde el Seminario, completada en adelante a través de una vida dedicada a la lectura crítica y el conocimiento de tierras y gentes a lo largo y ancho del planeta. A ello debe unirse su especial sensibilidad para conocer al hombre en todas sus dimensiones, tanto terrena como espiritual, plasmando esas percepciones con finura en trabajos de hondo calado.

No voy a abordar la etnografía emanada de su obra literaria, perfectamente expuesta por Aingeru Epaltza. Tampoco voy a entrar a discutir aspectos terminológicos y conceptuales en torno a la Historia, la Antropología, la Etnología y la Etnografía de la obra de Jose Mari, que nos llevaría a teorizaciones impropias de este homenaje cálido y entrañable. En este sucinto análisis me centraré en sus obras más señeras, dejando a un lado los numerosos artículos publicados en infinidad de revistas como *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, donde nuestro homenajeado fue colaborador desde el primer número.

I. LA HISTORIA Y LA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA

Jose Mari Satrustegi apenas tiene una obra que pudiéramos denominar propiamente historiográfica, aunque sí que se acerca a esta disciplina al tratar de temas antropológicos o etnográficos. Las veces que aborda diferentes aspectos históricos lo hace con suma destreza, al igual que otros historiadores formados en el Seminario de Pamplona de la mano del también recientemente desaparecido y añorado José Goñi Gaztambide.

Dentro de los trabajos de corte histórico destaca la exhumación y publicación de textos escritos en euskera, anteriormente comentada por Andres Iñigo. Al margen de la lingüística histórica o de la historia del euskera, dio a conocer el “Informe sobre el matrimonio de don Pedro de Idiáquez con doña Isabel de Labiano de 1596” (*Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, 1982-1983), “la epidemia de 1781 en el hospital de Pamplona” (*Congreso La medicina vasca en la época del Conde de Peñaflores*, Bilbao, 1985), o “El viaje de von Schack a Roncesvalles en 1858” (revista *Príncipe de Viana*, 1964), por citar algunos de los más significativos. Otros trabajos resultan audaces por su amplitud cronológica y temática, como “La economía rural en la primera mitad del siglo XIX” (*Actes du Colloque International d'Études Basques*, Bordeaux, 1973) y, sobre todo, “El concepto de delitos y penas en los siglos XIII y XIV” (*XXIX Curso Internacional de Criminología*, 1980).

Pero la mayor parte de los trabajos de base histórica de nuestro autor caben inscribirse en la Etnografía histórica, destacando entre todos ellos *Euskaldunen seksu bideak* (1975), cuya versión castellana ampliada vio la luz en 1981 bajo el título *Comportamiento sexual de los vascos*, todavía hoy referente obligado para el estudio de la historia de las mentalidades del País, y absolutamente pionero en su momento.

II. LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL Y SIMBÓLICA

El verdadero maestro del sabio arruazuarra fue don José Miguel de Barandiarán, cuya figura glosó en el estudio “D. José Miguel de Barandiarán: el etnólogo y el hombre” (*Páginas de Historia del País Vasco*, Pamplona, Eunsa, 1980). Barandiarán se formó en el primer tercio del siglo XX en las teorías antropológicas de la Escuela difusionista alemana y, muy especialmente, con el también sacerdote católico, el P. Wilhelm Schmidt (1868-1959), eje de la Escuela de Viena, de quien recibió las teorías sobre los círculos culturales (*Kultur-Kreise*) y la importancia de recoger la experiencia real mediante la encuesta directa y el trabajo de campo. En los años veinte Barandiarán observaba los vertiginosos cambios que se estaban produciendo en la sociedad rural, viéndose obligado “a formular unos cuestionarios que abarcaran diversos factores y aspectos de la vida popular: condiciones geográficas, establecimientos humanos, modos de vida, creencias y prácticas religiosas, comportamientos individuales y colectivos”, que se concretarían más tarde en sus conocidos proyectos. Pronto presintió la necesidad de sistematizar las primeras investigaciones de campo relativas al universo mental y al entramado cultural de la comunidad como estrategia de rescate de una cultura que se iba perdiendo. Este intento marcaría una transición del folclore propio de la época anterior a una etnografía emergente como disciplina científica.

El propio Satrustegi narra su experiencia en los inicios de Etniker en el libro *Antropología y lengua* (1989, pp. 24-25), cuando al regreso del I Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares celebrado en Zaragoza en 1968, José Miguel de Barandiarán le adelantó la idea de crear los grupos de trabajo Etniker:

Acogí con entusiasmo la iniciativa y le prometí mi colaboración. (...) Luego vino el cuestionario del propio maestro, valioso instrumento de

trabajo que recoge los aspectos más relevantes de la vida y actividad humana. La utilización de un único esquema facilita el estudio comparativo de los distintos trabajos y la consulta rápida de cada apartado para la realización de estudios monográficos. Con la ficha personal de los encuestados y las circunstancias que concurren, se completa el hilo conductor de la entrevista. La materialización de la encuesta es labor personal del etnógrafo, y el resultado final depende del clima cordial y de la imaginación necesaria para llegar hasta las últimas consecuencias.

Pero Satrustegi no quedó encorsetado en el método rígido de la encuesta de Barandiarán. Su erudición y ansia de saber le llevó más allá. De manera autodidacta —de la que da buena cuenta su magnífica biblioteca—, accedió a los presupuestos metodológicos que las modernas Antropología Cultural y Antropología Simbólica iban adoptando. Y buena muestra de ello es la introducción al magnífico estudio del *Solsticio de Invierno* (1974, reed. en 1988), escrito entre 1972 y 1973, fruto de sus colaboraciones en *Diario de Navarra*. Allí, por ejemplo, leemos (pp. 11-12):

Resultan peligrosas las ideas preconcebidas y las tendencias de escuela. La norma ideal es la de una austera fidelidad, por sorprendente que resulte el dato. (...) Para no influenciarse de antemano, ni tratar de llevar el agua a su molino, la escuela americana de Franz Boas prohibía la lectura e información previa, referente al trabajo de campo. El francés Marcel Mauss aconsejaba, en cambio, a sus colaboradores informarse de cuanto ya se conociera sobre el asunto, a fin de ir avanzando sobre lo desconocido.

Sería interesante contar con especialistas para esta labor; pero un solo etnólogo difícilmente puede abarcar en profundidad todas las áreas que requiere el estudio de un pueblo; instrumentos de trabajo, creencias y mitos, organización social, economía, actividad, etc. Sólo el estudio de los Zuñi supuso toda una vida de Cushing y de los Stevenson; y dicen que los siete volúmenes de su obra resultan hoy insuficientes. Haría falta un equipo de especialistas en cada caso.

Su conocimiento antropológico lo extendió también a su otra parcela del saber: la lengua. La obra *Antropología y lengua* (1989) es un magnífico ejemplo de su buen hacer y mucho saber sobre teoría de la ciencia de la antropología cultural y lingüística. Basta repasar el índice para percatarnos de la complejidad de temas y aspectos que trata: tradición oral (lexicografía, lenguaje, memoria); sondeo introspectivo (improvisación, Etniker, relaciones humanas, memoria colectiva, tabú, inconsciente); literatura popular (interés poético, elegía, poesía épica, tema religioso); movimiento literario (Renacimiento, Humanismo cortesano: Margarita de Angulema, Juana de Albret, Margarita de Valois); proceso tribal (significado original, acepciones euskéricas, apodo colectivo, legado antropológico, conducta tribal, análisis sociológico, interpretación etnológica, conclusión); morfología del tiempo (denbora/tiempo, egutegi/calendario, egun/día, aste/semana, herenegun/anteayer, urte/año, hil/mes); registro de la memoria (antropología cultural, memoria genética, conocimiento reflejo, proceso biológico, inconsciente, memoria colectiva, tercer factor del hombre); memoria colectiva.

Aspecto especialmente mimado en la antropología de Satrustegi fueron los mitos y leyendas, en muchos casos unidos a los rituales. Frecuentemente se suele citar el libro *Mitología vasca* de Barandiarán como la obra clave y de

referencia sobre este aspecto. Sin embargo, aunque frecuentemente ignorado, creo que cualquier investigación sobre la mitología vasca quedaría coja si no tiene en cuenta el libro de Jose Mari Satrustegi *Mitos y creencias* (1980), donde teoriza sobre la devaluación y la naturaleza del mito, para tratar sobre los mitos cosmogónicos fundamentales (el agua ritual de Año Nuevo y el solsticio de verano), los personajes míticos fundamentales del folclore vasco (Mari, Herensuge, Basajaun, gentiles, Tártalo) y los héroes culturizadores (animales salvajes, agricultura, industria, herreros).

Satrustegi participó en numerosos congresos, obras colectivas y artículos de revista, teorizando sobre diferentes aspectos de la antropología cultural y simbólica y ofreciendo diferentes aportaciones de sus investigaciones en torno a ritos y mitos de Euskal Herria. La relación de estos trabajos menores sería prolija.

Los últimos años de su vida los dedicó al estudio de lo que él creyó una vía prácticamente inexplorada. Planteó la teoría de que los personajes mitológicos universales tenían su origen en personas que sufrían malformaciones y que, abandonadas a su suerte, causaban una profunda impresión entre sus contemporáneos. Sus tesis tuvieron escaso o nulo eco, lo que le produjo una profunda desazón. Este aparente mutismo de la comunidad científica del País tiene una explicación: la antropología social y cultural vasca se halla en las antípodas de esos intereses científicos —que considera ampliamente superados—, y la antropología física se muestra demasiado centrada en los avances de las técnicas del ADN y la genética en general como para volver sus ojos hacia postulados antropológicos propios de la Escuela de Viena.

III. EL LEGADO ANTROPOLÓGICO DE SATRUSTEGI

Jose Mari Satrustegi ha legado su saber antropológico en diferentes monografías y en varios centenares de artículos y colaboraciones en obras colectivas que requerirían una reedición en forma de obras completas, el mejor favor que puede hacerse a un autor cuya producción intelectual aparece atomizada en un sinfín de títulos menores, algunos realmente difíciles de encontrar.

Nuestro autor ha dejado una huella profunda allá por donde ha pasado. Resulta especialmente ilustrativo el pueblo de Urdiain, donde Jose Mari se afanó, al poco de hacerse cargo de la parroquia local y a pesar de todos los pesares, por evitar el degradamiento urbanístico de la localidad, que amenazaba en convertirse en un espejo de la vecina Alsasua.

Otro legado importante del sabio de Arruazu son las grabaciones que recogió a lo largo de toda su vida, y que cedió poco antes de fallecer a la Fonoteca del Euskera del Gobierno de Navarra. Aunque su contenido sea aparentemente filológico, no será desdeñable su interés antropológico.

Todavía falta por desarrollar su proyecto más ambicioso, el Museo Etnográfico que estaba preparando en su localidad natal y residencia de sus últimos años de vida, Arruazu. Tuve la ocasión de visitarlo hace un par de semanas, mostrado por su familia, y quedé impactado por la riqueza y variedad de unas piezas recogidas con mimo durante tantos años de incansable trabajo. Puede que el proyecto ya le rondara por la cabeza desde la primera

mitad de los años setenta, cuando en el *Solsticio de Invierno* (pp. 10-11) teorizaba sobre la museografía afirmando que:

La etnología, como toda disciplina aplicada, funciona en dos planos bien diferenciados: la recogida de material o trabajo de campo, por una parte; y el estudio comparativo, por otra. Puede añadirse la museografía, como eslabón imprescindible entre ambas actividades. Cualquiera de estas empresas tiene su propia fisonomía y requiere una técnica adecuada. La exploración se basa fundamentalmente en el análisis metódico de cada dato. La museografía debe cuidar la clasificación metódica y el catálogo; mientras que la nota dominante del estudio comparativo viene a ser la capacidad de síntesis. Es decir: observar, ordenar y formular las conclusiones. Tres apartados de una misma disciplina.

El Museo de Arruazu, distribuido en cuatro plantas de un imponente caserón situado en el centro de la localidad barranquesa, atesora todos los útiles de labranza, ajuar doméstico y demás objetos etnográficos que Satrustegi fue consiguiendo a lo largo de su vida. Un museo etnográfico concebido tal y como él lo quería. Lamentablemente, este proyecto necesita para su viabilidad de una importante financiación externa; entre tanto, la polilla comienza a hacer estragos. Las instituciones públicas deberían apoyarlo o, cuando menos, evitar su desaparición. Ese es el más importante legado antropológico que deja Satrustegi para el futuro y al que tiene que darse una solución viable. Si fructifica, este museo deberá ser el lugar, junto con Euskaltzaindia, donde preservar la memoria de uno de los más destacados antropólogos y lingüistas vascos del siglo XX.